

Solemnidad. Domingo de Pentecostés

Padre Julio González Carretti O.C.D

Lecturas bíblicas

a.- Hch. 2,1-11: Se llenaron todos de Espíritu Santo.

Luego de la Ascensión de Jesús al cielo, lo más importante para Lucas, es describir la venida del Espíritu Santo, que llevará a los discípulos a la verdad completa. Recurre a la tradición, donde se sabe que en una de las apariciones de Jesús resucitado había soplado sobre sus discípulos (cfr. Jn. 20, 22). En el trasfondo, tenemos la idea de la primera creación, ahora se describe, la segunda creación, entendiendo por ello, la redención; así como al principio contamos con el aliento vital (cfr. Gn. 2,7), ahora el soplo del Espíritu, crea al hombre nuevo. Lucas, usa todos los elementos de las epifanías del AT. El Espíritu viene de Dios, del cielo, pero como el Espíritu es imperceptible, se describe como viento impetuoso, es el pneuma. Ese viento o Espíritu, destinado a los apóstoles llena toda la casa, donde estaban reunidos. Las lenguas de fuego, tienen su origen en la tradición judía que decía que en el Sinaí, la palabra de Dios, se convirtió en 70 lenguas, según se creía eran setenta los pueblos de la tierra, de modo que cada pueblo pudiera recibir la Ley en su propia lengua (cfr. Gn. 10-11). Pentecostés, era la fiesta que evocaba la entrega de la Ley en el Sinaí. Siempre en esa tradición, la llama se convirtió en lengua, es decir, la manifestación de Dios, se hizo inteligible, ya que el hombre se manifiesta a través de la lengua a los demás. Lucas, quiere mostrar en Pentecostés, la fuerza y el poder del Espíritu a todos los judíos de la Diáspora y los venidos a la fiesta, en el fondo se trata de hablar de universalidad. Se habla de 12 regiones distintas, y todos oyen hablar de las maravillas de Dios, con ello se confirma la presencia y obra del Espíritu Santo en medio de ellos. Las maravillas de Dios, se refieren al contenido del evangelio y al universalismo que está alcanzando. El milagro de las lenguas, en que todos se entendían, se refiere no sólo a la superación de las lenguas sino a que el evangelio, está llamado a ser destinado a todo el mundo. Todas las lenguas hablarán el evangelio de Jesús.

b.- 1Cor. 12,3-7.12-13: El Cuerpo de Cristo, la Iglesia.

El texto de Pablo, es la respuesta a una inquietud de descubrir si toda exaltación espiritual es o no de un verdadero creyente en Jesucristo, autentica manifestación de uno que acepta al Señor Jesús en su vida. También los Corintios habían vivido experiencias religiosas significativas o espirituales, en sus religiones paganas, antes de convertirse. El creyente carismático: ¿es un auténtico creyente? Los carismas vienen de Dios y es el Espíritu, quien los comunica en forma concreta como aptitudes concretas que deberá poner al servicio de la comunidad eclesial. Estos carismas, si bien dados en forma personal, buscan la unidad de todo el cuerpo eclesial, no deben ser jamás causa de división, porque se trata de enriquecer a todo el cuerpo. Se trata de evitar el paternalismo o tiranía, se pretende alcanzar la contribución de todos los hombres y mujeres carismáticos, a la unidad al servicio de la Iglesia, en su amplia diversidad.

c.- Secuencia del Pentecostés

- Ven, Espíritu divino,/ manda tu luz desde el cielo. / Padre amoroso del pobre;/ don en tus dones esplendido; /luz que penetra las almas;/ fuente del mayor consuelo.
- Ven, dulce huésped del alma,/ descanso de nuestro esfuerzo,/ tregua en el duro trabajo, / brisa en las horas de fuego,/ gozo que enjuga las lágrimas /y reconforta en los duelos.
- Entra hasta el fondo del alma,/ divina luz, y enriquécenos./ Mira el vacío del hombre / si tú le faltas por dentro;/ mira el poder del pecado/ cuando no envías tu aliento.
- Riega la tierra en sequía,/ sana el corazón enfermo,/ lava las manchas, infunde/ calor de vida en el hielo,/ doma el espíritu indómito,/ guía al que tuerce el sendero.
- Reparte tus siete dones/ según la fe de tus siervos. / Por tu bondad y tu gracia/ dale al esfuerzo su mérito;/ salva al que busca salvarse/ y danos tu gozo eterno. Amén.

c.- Jn. 20,19-23: Recibid el Espíritu Santo.

En esta aparición del Resucitado, Juan ha querido dejar en claro lo específico de este encuentro con los discípulos: la paz os dejo, el envío de los discípulos, el don del Espíritu a la nascente comunidad eclesial y el perdón de los pecados. El don de la paz, primer don, es más que un saludo, ya que aparece con frecuencia en los labios de Jesús, el darnos su paz (cfr. Jn. 14, 27), fruto de la pasión, muerte y resurrección que se dispone a vivir. Con su paz envía a los apóstoles a predicar el evangelio a toda la comunidad eclesial por ellos representada; este es el segundo don del Señor. Esta realidad se hará fecunda en la labor misionera que nos relatarán los Hechos, donde la predicación del kerigma gastó la vida de todos estos hombres, que siguieron a Jesús. Recibieron el mandato, como ÉL lo había recibido de su Padre. El don de predicar, movidos y guiados en todo por el Espíritu Santo. El Espíritu Santo fue dado en forma particular a los apóstoles; es el tercer don del Resucitado y el primer encuentro de la comunidad apostólica con el Espíritu Santo, que comenzará a ser el verdadero protagonista de los Hechos de los apóstoles. Lo verdaderamente importante, es cómo comenzó a ser una realidad viva y operante desde el primer instante hasta hoy. Un símbolo recurrente para significar esta manifestación es el soplo, que hace el Resucitado sobre los apóstoles para que reciban el Espíritu Santo; el mismo de la primera creación. Este don de Jesús a sus discípulos, es dado en la misma forma en que Dios comunicó el aliento de vida a Adán en el paraíso (cfr. Gen. 2,7; Ez. 37, 1-14).

El cuarto don es el perdón de los pecados; este don del Espíritu es dado como antídoto contra el pecado; Jesús lo comunica a sus discípulos y a los sucesores de los apóstoles. Concede a la Iglesia, representada en los apóstoles, la capacidad de perdonar y retener el perdón, de admitir un miembro, como de excluirlo de la comunidad eclesial. El poder debía venir de Jesús para la comunidad y sus miembros (cfr. Mt. 16, 16-19; 18, 18). Estos cuatro dones del Resucitado a la Iglesia, son maravillosos en la medida en que el Espíritu Santo los recrea en la comunidad, la Iglesia siempre para dar la vida nueva a los creyentes. ÉL nos había prometido vida en abundancia (cfr. Jn. 10,10), ahora la poseemos gracias a la acción del Espíritu en el interior de la Iglesia y en el espíritu de cada cristiano que vive esta intimidad divina.

